

#Historiasdemujeres. <<La cosecha>>

Llegó la época de siega y en casa de María faltaban manos para recoger la cosecha. Su madre, Doña Petra, estaba organizando el ejército de jornaleras contratadas, mientras que su padre, Don Cándido, cerraba tratos con el dueño del almacén sobre el precio del trigo.

Aún les quedaba por segar un trozo al final del camino de Calera, que todos los años producía sus quintales de trigo sin rechistar.

Doña Petra encomendó a su hijo mayor, Pepe, que fuese con cuatro amigos a recoger la cosecha. En esto, apareció un nuevo jornalero, Paco, moreno, alto y apuesto, de tristes ojos grises, con el cigarro colgando del labio y unas alforjas al hombro, de un caballo que habría perdido en una apuesta. Su mirada se perdía en el horizonte, como si alguien le estuviera persiguiendo.

Le mandaron a trabajar en la siega con el hijo mayor. Manejaba tan bien la hoz como la navaja con la que preparaba el bocadillo. Cualquiera diría que cortaba los haces de trigo como si fuera a rebanar el pescuezo a un enemigo. Parco en palabras, se comunicaba con chasquidos y con la mirada.

Terminaron la cosecha en un par de mañanas y volviendo al granero, María les salió al encuentro con el botijo. La joven, de unos quince años, pronto quedó impresionada de la ruda belleza de Paco. Era alto como su hermano, pero más fuerte y callado. Al pasarle el botijo el mozo le guiñó un ojo al tiempo que no dejaba de beber a morro:

-¿Cómo te llamas, niña?

-María, soy la hija de Don Cándido.

-Válgame Dios, qué buena y guapa hija tiene.

-¡Las palabras en su sitio, Paco, que callado me gustas más! -saltó el hermano mayor, furioso-.

-Pepe, deja a este señor, que sólo está tratando de ser amable.

-Anda, María, que ya me conozco yo a muchos de su calaña, que si te he visto no me acuerdo.

Paco cogió la navaja del cinto y jugando con ella, mirando al suelo, comenzó a decir:

–Vamos a ver señoritingo, que esta navaja no sólo ha cortado chorizos. Que yo sólo trataba de ser amable con esta criatura que nos trae agua. Que cobro mi jornal y aquí paz y después gloria.

–Que así sea -zanjó Pepe-.

María estaba acostumbrada a la defensa de su hermano cuando la casa se poblaba de desconocidos en la siega. De pequeña lo entendía, pero ya era una mujer. Ya había despertado en su cuerpo la pasión cual flor amanece con el rocío.

La actitud de Paco, aunque ruda y misteriosa, le caló hondo, impresionándole su desafiante forma de contestar a su hermano. Al atardecer, cuando llevaba el cubo de agua a la fuente, se encontró al apuesto jornalero.

Tres frases mal dichas de tantas veces repetidas, un pellizco aquí y otro allá, desarmaron a la joven, que presa de la inexperiencia, a la luz de la luna llena, se entregó al zagal bajo un centenario olivo.

Marchó el jornalero con el dinero en las alforjas y su silueta se fue haciendo cada vez más pequeña en el horizonte. María, recompuesta la falda y el pelo, entró a hurtadillas en casa, de puntillas, abriendo lo justo la puerta para que no chirriara. Al día siguiente, estaba dando agua a los jornaleros, pero ninguno era tan apuesto como el misterioso moreno que su vientre había sembrado.

* * *

Llegaron los carnavales. María no encontraba faldas ni refajos para disimular lo evidente. Claudia, la criada de toda la vida, le reprendía:

–Pero cómo se te ocurre. Te va a matar tu padre, o tu hermano irá a por aquel malnacido y morirá en el duelo, que a estos los conoceré yo bien. Anda, déjame que te lleve con tía Laurencia, que sabrá cómo acabar con esto.

-¡Aquí nadie va a ningún sitio! -resonó la voz de Doña Petra, la generala de esa casa en la que nada escapaba a su conocimiento.

-Doña Petra..., aquí estoy con María, por si me presta un vestido...

-Ya ya, no me vengas con cuentos, que se muy bien por qué a mi hija no le caben ni las faldas de su madre. ¿Qué es eso de tía Laurencia? Tan fuertes somos para lo bueno, como para lo malo. ¿Qué quieres, que la mate una curandera?

-Madre... yo quería contarle, pero temía que padre... Y no sabía... El caso es que siento algo dentro muy fuerte... yo creo que será niña, pero cómo voy a hacer... -y María rompió a llorar-

-No temas hija. De tu padre, yo me encargo. Lo importante es que las dos estéis bien, porque la forma de la tripa es de niña, eso seguro, ¿verdad Claudia?

-Claro, claro -contestó la criada apurada-

Por lo pronto, te vas a ir con Claudia esta noche al granero del final del camino. Que Pepe os lleve y se quede allí con la escopeta y el perro. Yo iré a veros con Ramona, la matrona, que más calla cuanto más le pagan. Y nos esperáis. ¡Vamos, va a ir tía Laurencia a quitarme a mí una nieta!

Amaneció el día y sobre el canto de los pájaros una nueva voz lloraba, pequeña, llena de vida, bajo unas mantas que daban calor a un blando cuerpecito que miraba el porte de Doña Petra, la reciente abuela orgullosa de proteger su estirpe, de dar apoyo a su hija y de abrazar a su primera nieta.

En el horizonte escudriñaba dónde estaría el padre que marchitó la inocencia de su hija. De pie, ofrecía un fuerte refugio a su María. Ella aún era una madre joven. Bien podrían hacer pasar a la nieta por hija suya. Su marido nada habría notado y todo habría quedado en un parto en el campo que llegó antes de tiempo.

Madre e hija se miraron y estrecharon sus manos fuertemente. Unas lágrimas se deslizaron en el rostro de María. Las tres forjaban una resistencia, una defensa de la vida y una fortaleza de amor por seguir adelante.